

## **La sombra de las voces,**

por Mario Barranco (Sevilla)

[Obra ganadora del concurso literario “Crónicas de la Torre”,  
organizado por la web LauraGallego.com en 2006]

En los bosques oscuros habitan.

En la noche se despiertan y en la noche mueren, en una agonía que dura hasta el amanecer. Cuando ya ha atardecido, y la medianoche se procura un firmamento, entre los árboles vagan y liberan sus cánticos operísticos.

Su caminar es lento, como el de los druidas del bosque. Arrastran tras de sí los más fúnebres cantos, y quien los oye se estremece por dentro. Pero yo, quizás por vivir en las cercanías del bosque, y de oírlos tantas veces, me he acostumbrado a ellos. Incluso he llegado a amarlos, y a buscarlos. Cuando los árboles están dormidos, siempre me escondo cerca del camino por el que transitan, y los veo pasar, como flotando, marchando cabizbajos, y me regocijo con sus voces que cantan a la eternidad, a las montañas azules, al mar y a sus costas, y a las pupilas blancas de los dioses que son luz para los astros.

Aquella noche también quise verlos, ver aquella piel translúcida, como la de un ángel, como el pétalo de las flores blancas. Aquella palidez casi brillante y aquellos ojos tan vacíos... Tan tristemente vacíos. Abandoné la aldea y subí la colina hasta el bosque.

Aquella vez, cuando les vi pasar, también quise seguirles, por que siempre me había preguntado hacia dónde se dirigían.

Como pastor que soy supe moverme sin hacer demasiado ruido y pasé inadvertido mientras saltaba de sombra en sombra.

Llegué entonces hasta donde yo siempre les perdía de vista. A partir de ese momento, nunca lograba ver más que algunos destellos puntuales en el horizonte. Tenía miedo, pues es natural entre los hombres temerle a lo desconocido. Aquella era la linde de los bosques que, aunque oscuros, me eran conocidos pues los pastaba en primavera y me daban buena sombra en verano. Pero más allá, el camino ya no era camino, era aventura. Temía seguir porque sabía que, a partir de ahí, sólo la suerte me daría cobijo, y eso es como ir desnudo a la batalla. Pero la luz fantasmagórica de sus cuerpos era como el cristal de los ríos, y el amor por su música logró sobreponerse en mi corazón. Bien es sabido entre los que me conocen que la valentía no figura ni por asomo entre mis cualidades, pero sí la pasión, y las dos cosas ciegan al hombre de igual manera. Así que no dudé más, y me aferré a mi decisión, surgida quizás de la necesidad, y continué hacia donde las sombras me robaban los sentidos. Ya no tuve que ocultarme demasiado y pude caminar muy cerca de ellos.

Debo decir que acompañar a aquellos seres ancestrales y sentirlos tan cerca es agradable, tanto como sentir el rocío de la mañana, pero igualmente siniestro, porque estás solo entre los muertos. Si me percibían de alguna forma, nunca lo sabré, pues nada hicieron salvo seguir caminando con las cabezas gachas, y llevando el viento en sus extraños atuendos. Algunos de éstos tenían inscripciones refulgentes que centelleaban ocasionalmente, pero otros eran tan lisos y blancos como la nieve.

No sé durante cuánto tiempo caminé acechándoles, o acechándome ellos a mí, pero perdí toda noción de la realidad, y me deje mecer por sus voces, dotadas de un halo divino. Canto de olvido y de nostalgia. El canto de un ser que dejó de vivir hace tiempo, y ahora desde su inmortalidad lo triste y lo bello de crecer.

Llegamos así a un prado que se elevaba sobre el bosque. Yo me quedé escondido detrás de un tronco mientras observaba cómo los espíritus preparaban algún tipo de ritual. Adoptaron una formación circular, y allí esperaron. Pero no sabía a qué. De este modo, y tras un momento de inquebrantable silencio, cantaron todos juntos y elevaron la melodía hasta los cielos, y sobre ellos. Su música hecha voz ascendía, dibujaba paisajes en las nubes azuladas y luego caían, en espirales y círculos, como una lluvia de estrellas en los albores del tiempo. Así hablaban con las entrañas del mundo.

Primero, fue la brisa la que acudió a la llamada y sacudió las copas de los árboles y levantó la hojarasca. Las hojas, mientras eran llevadas por la brisa, iban despertando a su paso a

las luciérnagas. Éstas abrieron sus ojos de estrella, y por todo el lugar florecieron pequeñas luces, hermosas y sutiles a la tenue claridad de la luna. Me pareció que los troncos bostezaban, como en un eco lejano; y escuché también, por encima de mi cabeza, el revoloteo de los pájaros que se posaban en las ramas. Muy pronto el bosque estuvo despierto y a la expectativa. Mi mente de pastor, que abogaba por la práctica de las cosas y no por su teoría, no sabía qué estaba pasando, pero pude intuir que los fantasmas necesitaban que la naturaleza atestiguará sus actos rituales. Por eso, y sólo ahora que procedían bajo la atenta mirada del bosque, comenzaron con sus ritos.

Cuánto me habría gustado no ver lo que vi. El cielo se abrió, como en un trueno. En el aire hubo una grieta de la que emanó, como si fuera la herida de un ángel, luz y blancura. Fueron unos instantes, en los que miles de cielos nublados y brillantes me rodearon, todos a la vez. Luego la luz se disipó y el lugar fue devuelto a las sombras. En el centro del círculo había nuevos fantasmas. Era como si hubieran llamado a esas nuevas almas, como si las hubieran traído de algún lugar.

Vi sus rostros... Me eran terriblemente conocidos.

Sabía quiénes eran.

¿Pero como era posible?

Confundido y aterrorizado, salí corriendo.

En mi huida a ciegas, me tropecé, me pinché, resbalé... Pero eso no me preocupaba, sólo quería salir de aquel bosque.

Alcancé la colina, y pude ver mi poblado... Mis sospechas, mis terribles sospechas... Se habían hecho realidad. En el prado, entre los fantasmas que habían aparecido, había reconocido el rostro de muchos de mis vecinos... No me había podido explicar cómo era aquello posible... hasta ese momento.

Todo estaba en llamas. Las fauces del infierno devoraban la aldea. Aquel ejército estaba arrasando con todo. Aún se escuchaban algunos gritos... Pero muy pocos. La oscuridad nunca fue tan negra, y las antorchas tan parecidas a las garras del demonio. El humo se cernía sobre los tejados, como la sombra del mal... Nunca me habría imaginado que la guerra llegara hasta estas regiones. Siempre tan lejos de los problemas... sin saber qué hacer, me dejé caer en la hierba.

La devastación había sido el fin de una paz, que en nuestro sueño habíamos creído imperecedera.

Claro que los vi... Estaban todos muertos. Y la razón de ser de aquel ritual, entonces la comprendí. Querían darles la bienvenida.

Un arquero enemigo me ha visto: Pronto me la darán a mí también.

Sabía que este momento iba a llegar. Desde que los escuché por primera vez, desde el principio... Había estado condenado.

Siempre lo supe: Algún día, mi alma sería sombra de las voces que cantan.